

## **GÓNGORA: POESÍA Y ESPÍRITU: PARÉNTESIS PARA UNA REFLEXIÓN**

---

MIGUEL CASTILLEJO GORRAIZ  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

Siempre me ha emocionado –y he compartido– la sabia opinión de Rozas sobre la personalidad y la obra de don Luis de Góngora y Argote, cuando expone que la poesía de nuestro poeta –a imagen de su vida– tiene la inteligencia y la justeza de una perfecta máquina de relojería. Así –continúa diciendo– en Góngora todo es claridad y sencillez, una vez disipadas las dificultades de su complejidad.

“Calvo, con el pelo aún oscuro, frente despejada, nariz fina, aguileña pero un poco colgandera, rostro alargado, fuerte entrecejo (dos intensos pliegues verticales y uno horizontal, ya muy bajo), la boca hundida, obstinada, fuertes pliegues en las comisuras y en la barbilla y sobre el bigote, un lunar en la sien derecha. Nos mira de lado. Todo en él indica inteligencia, agudeza, fuerza, precisión, desdén”. Dámaso Alonso, con su brillantez verbal y su ciencia crítica, nos está describiendo un personaje puro del otro gran extraño de aquella sociedad y de aquel tiempo, Doménikos Theotokópoulos, el Greco. Y en esta descripción genial, como a quien representa, la espiritualidad rezuma como un aroma vivo por todos los pliegues de la piel del alma. Gimferrer, enamorado así mismo de personalidad tan sorprendente, exclama empapado de emoción creciente “en la doble semipenumbra del lienzo vetusto y del repliegue elevado y umbrío de la sala, centellean vivísimamente los ojos del poeta, acerada expresión de la inteligencia pura”. Es incuestionable el talante de Góngora, su agudeza, su clara inteligencia y su avidez de ánimo.

Aunque la historia se vaya separando de nosotros y difumine como una bruma densa la luz que nos precede, no cabe duda de que existe una hilazón coherente entre las magnitudes del espíritu y la creación poética; un vínculo que enlaza manifestación e intimismo, vivencia y creencia, generación y aliento. Es inseparable, por tanto, en Góngora, el instinto humano y la inmaterial esencia de lo suprasensible, capaces de sentir y expresar al mismo tiempo negror y claridad, tiniebla y luz, frigidez y fuego.

Góngora nació en esta ciudad de contrastes, como su mismo espíritu, como su

inmortal obra, el 11 de julio de 1561. Luis fue bautizado al día siguiente. Porque en el siglo XVI no había la fijeza que hoy existe en el orden de los apellidos, el materno se impuso llamándose don Luis de Góngora y Argote quien por rigor de nuestra actual costumbre debía haberse llamado don Luis de Argote y Góngora. De su padre heredó, si no riqueza, el patrimonio espiritual de la erudición y de los libros (Don Francisco de Argote era licenciado por Salamanca y su biblioteca, en opinión propia, valía más de quinientos escudos). Por parte de su madre, doña Leonor de Góngora, el aval fidedigno de una ascendente carrera eclesiástica que su tío Francisco de Góngora, racionero de la catedral de Córdoba le ofrecerá siendo aún muy joven.

Es muy probable que sus primeros estudios los realizara en el colegio que en Córdoba regentaban los padres de la Compañía de Jesús.

Sea como fuere, don Francisco de Góngora, que había ido recibiendo una serie de beneficios eclesiásticos en la diócesis cordobesa (gracias a Francisco de Eraso, secretario de Felipe II, protector de la familia por lazos de sangre), cede éstos, previa aprobación papal, en favor de aquel sobrino, cuya inteligencia y talento habían sorprendido al gran erudito Ambrosio de Morales y parecía estar predestinado para brillantes estudios. Por gracia de su precoz agudeza y la pródiga esplendidez de su tío, el joven Luis se vio abocado al mester de clérigo cuando acababa de cumplir los catorce años, y poco después enviado a estudiar a Salamanca, lo que originó abundantes gastos. En la Universidad salmantina se cuajó la vocación literaria de Góngora, en detrimento del posible título universitario que no sabemos si obtuvo, pero sin duda semilla de quien fue el mayor poeta de su tiempo. Tanto Juan Rufo, como el mismísimo Cervantes hicieron elogio del jovencísimo poeta cordobés, que ya había definido su vocación literaria en tándem con su profesión religiosa. Una y otra protagonizarán consciente o inconscientemente su trayectoria humana y literaria. Razón discutible nos parece que el prematuro advenimiento de Góngora a la carrera clerical, su posterior nombramiento como racionero de la catedral de Córdoba, por voluntad y bondad de su tío, y la aceptación de las órdenes mayores fuera una impostura gratuita que no respondiera a una realidad interior, cuyas raíces se adivinaban en su educación y el contacto directo con la actividad sagrada. Evidente es en Góngora el atrabiliario y tentador sesgo que la vida propone a los jóvenes, sobre todo avezados a la comodidad y las prebendas. No era ajena al cabildo esta lábil moral que envascaba hasta a los mejores. No se puede afirmar draconianamente la virtud ascética del joven racionero, que tardaría bastante en ordenarse de sacerdote; ni, por ello reducir toda su vocación o ansia religiosa a la miserable y material pretensión de cobrar las rentas eclesiásticas.

Cómo explicar el desbordamiento verbal de Góngora hacia Santa Teresa, de no ser por una real aceptación de la doctrina cristiana, su exaltación y el deseo ferviente de creer, de colaborar en la gran tarea redentora del alma. Quizás sean los fragmentos de este poema, dedicado a la santa abulense, los más idóneos para culminar mi argumento:

Grande en Ávila, apellido  
por quien tuvo de nobleza

lo que de beldad y de ambas  
 lo que el pavón de soberbia.  
 Lisonjeáronla con tiempo  
 las rosas, las azucenas,  
 que en el cristal de su forma  
 incluyó naturaleza.

Mas a breve desengaño  
 caduca su primavera,  
 frágil desmintió el cristal  
 ser de roca su firmeza.

Es bien cierto que mientras el nuevo obispo de Córdoba, hombre de criterio rígido, castiga con rigor a algunos capitulares, los cargos contra Góngora fueron más bien leves: “que asiste rara vez al coro”, “que anda de acá para allá saliendo con frecuencia de su silla”, que habla mucho durante el oficio, que forma en los corrillos del Arco de Bendiciones donde se habla de vidas ajenas, que ha concurrido a fiestas de toros, que “vive como muy mozo y anda de día y de noche en cosas ligeras, trata representantes de comedias y escribe coplas profanas”. Como puede, y no sin humor, se defiende Góngora de estas acusaciones, disculpándose y apostillando que tiene “por mejor ser condenado por liviano que por hereje”. Esta actitud sumisa y afable, en la que se advierte una profunda fe, nos vislumbra un retrato moral de Góngora que encabalga primorosamente, así en su obra, dos mundos tan distantes y cercanos como los del espíritu y la carne.

Apodíctica es igualmente la confianza que sus compañeros en el cabildo le tenían, y que le permitió obtener cargos singulares, a los que sólo podía accederse por votación. Poesía y viajes a comisiones del cabildo (Mazuecos, Madrid, Salamanca, Husillos, Palencia, Cuenca, Valladolid), mezcladas con enfermedades de carácter crónico, algunas muy graves, demoran su vuelta a Córdoba. Cree entender que sus versos pueden servirle, además de expresión de sus emociones y explosión de ironía burlesca, rasgo congénito al espíritu del Barroco, para alcanzar el estadio supremo de la corte alegre y bulliciosa, a cuya atracción e influencia no pudo, a pesar de su extraordinaria sensibilidad y profundo amor por Cristo, sustraerse.

En la Corte inicia una actividad febril y continua que lo convertirá en uno de los grandes poetas de España, requerido por nobles y toda la realeza, y allí también se granjea la enemistad de Quevedo. Aunque, en 1603, debió regresar a Córdoba, su pasión cortesana no habría de abandonarlo hasta la muerte.

En 1609, comisionado por el cabildo, vuelve a iniciar sus periplos a Madrid, Alcalá, Alava y Pontevedra. Casi todos sus viajes han dejado en Góngora su huella sabrosa, favorable o cansina, desdeñosa o sublime.

En 1611 nombra coadjutor de su ración a un sobrino, lo que libra al clérigo de la asistencia al coro y permite al poeta comenzar unos meses de gran intensidad literaria, quizás la época más importante de la vida del insigne creador, y asimismo del denodado creyente. Entre 1612 y 1613 trabaja en sus dos poemas más extensos y ambiciosos: la *Fábula de Polifemo y Galatea* y las *Soledades*. En

Córdoba, se desvive por complacer a su obispo, participando activamente en la vida de la catedral y componiendo romances y villancicos de carácter fervorosamente sacro:

“Quien pudiera dar un vuelo  
por todo lo que el Sol mira,  
y solicitar las gentes  
a cena jamás oída:  
Cena grande, siempre cena  
a cualquier hora del día,  
donde en poco pan se sirve  
mucho muerte y mucha vida”.

Es probable que fuera a Toledo, en 1616, a las fiestas de la Virgen del Sagrario, patrocinadas por el cardenal Sandoval y Rojas, tío del duque de Lerma, privado de Felipe III. En la fiesta literaria, Góngora colaboró con unas octavas:

“Desde el sitio la Reina, esclarecido  
ornamento le viste de un brocado,  
cuyos altos no le era concedido  
al serafín pisar, mas levantado,  
envidioso aún antes que vencido,  
carbunclo ya en los cielos engastado  
en bordadura pretendió tan bella  
poco rubí ser más que mucha estrella”.

Este amor por la Virgen se manifiesta frecuentemente en la poesía de Góngora, demostrando que no se trata de un esporádico o trivial asunto:

“Oh Virgen siempre, oh siempre gloriosa”.  
“Díganlo, Virgen, la mayor belleza”.  
“Pura la Iglesia, pura ya te llama”.

En el año 1617, por medrar literariamente en el ámbito de la Corte que lo deslumbraba, Góngora traslada su residencia a Madrid. No sólo esta intención lo encaminaba. El papel generoso de protector de los suyos que ya había iniciado en Córdoba con sendos hijos de hermana y hermano, lo podía desarrollar mejor en Madrid. Aunque su presencia es bien aceptada, como poeta culto y cortesano, el antiguo esplendor parece ahora al poeta “ventana de confusión y ruido”. Esta impresión decepcionante no frustra las aspiraciones de Góngora de obtener una capellanía de Su Majestad en Palacio, para lo que necesita ordenarse de sacerdote, y pide a su obispo las llamadas “reverendas”, o cartas dimisorias indispensables para poder recibir órdenes sagradas de otro obispo. El nombramiento real lleva la fecha de 15 de octubre de 1617.

Dos pretensiones principales tiene Góngora en 1618: la chantría de Córdoba para él, y un hábito para un sobrino suyo. Sus mecenas, Lerma y don Rodrigo

Calderón, habían perdido el favor real y Góngora, que no quiere ver lo que se le avecina, se queda sin la ansiada chantría cordobesa. Sus problemas no han hecho más que comenzar, agravados por la lamentable situación económica que le han acarreado los numerosos gastos de una vida acostumbrada a cierta ostentación. La subida de Felipe IV (1621), que precipitó el fatal destino de Calderón, terminó de desengañar a Góngora, que pretende acercarse al nuevo valido, el conde de Olivares, quien le propicia el deseado hábito para su sobrino. El desenlace fatal y muy cercano entre sí de tres de sus grandes protectores y amigos sume al poeta en la desesperanza. Aunque sigue gestionando hábitos para sus parientes de Córdoba, su situación económica se hace angustiosa. El privado Conde-Duque sólo le ofrece buenas y falsas palabras. El poeta cae enfermo, no puede tomar la pluma. Su decepción es cada día más insoportable y decide volver a Córdoba, una vez aliviado. Ha perdido la memoria, y la muerte le sobreviene el 23 de mayo de 1627. Según su testamento, es enterrado en la capilla de San Bartolomé, junto a sus padres.

Góngora refleja en sus obras la propia contradicción del ser humano. Como muy bien expresan críticos como E. Orozco o R. Jammes, la explicación a su actitud poética hay que buscarla en razones vivenciales más que en planteamientos puramente esteticistas. El cambio espiritual que provoca el desengaño de la Corte transforma al poeta en un hombre sumamente oscuro, que ironiza y siente, inmerso en la concepción barroca del pesimismo y la desazón, a veces asumida como bálsamo, de la muerte. No se puede afirmar, sin argumentos, la actitud vital pagana que dice Jammes marca su trayectoria poética. Es posible considerar que su espíritu contradictorio no nace de un conflicto estético entre lo sublime y lo grotesco, sino de su propia alternativa vital que, según su obra oscila entre el sentimiento arraigado de su fe, en la que a veces se refugia y otras lo sitúa críticamente ante sí mismo y ante la realidad exterior; y, por otra parte, el gusto por la vida y la receptividad ante el amor y la belleza de lo mundano y de lo placentero.

De cualquier forma, y frente a todas las posibles versiones que apuestan por un Góngora carente de sentimiento religioso, preocupado más por lo ostentoso que por lo auténtico, proclive al medro y ávido de éxitos, el verdadero sentido de estas palabras estriba en la necesidad de adecuación del hombre y del poeta que tan marcados caminan y llevan claramente marcada la impronta de nuestra cultura y sus insospechadas y aleccionadoras contradicciones.

Nadie que no tenga un acendrado sentimiento religioso, fuera de toda mácula o mella, será capaz de componer versos tan hermosos y dulces a la Virgen y al nacimiento de su hijo —en cuyo fervor Góngora compuso desde sonetos hasta letrillas—, como éstos con los que ahora acabo mi pequeña apología de un poeta cordobés de fe arraigada y profunda devoción:

“Caído se le ha un clavel  
hoy a la Aurora del seno:  
¡qué glorioso que está el heno,  
porque ha caído sobre él!

O el soneto impresionante al Nacimiento de Cristo, que junto a su magnífica obra nos hace pensar, en palabras de Gimferrer, que la mera existencia del verso de Góngora bastaría por justificar toda la historia literaria española:

“Pender de un leño, traspasado el pecho,  
y de espinas clavadas ambas sienes,  
dar tus mortales penas en rehenes  
de nuestra gloria, bien fue heroico hecho:

Pero más fue nacer en tanto estrecho,  
donde, para mostrar en nuestros bienes  
a donde bajas y de donde vienes,  
no quiere un portalillo tener techo.

No fue ésta gran hazaña, oh gran Dios mío,  
del tiempo por haber la helada ofensa  
vencido en flaca edad con pecho fuerte.

Que más fue sudar sangre que haber frío  
sino porque hay distancia más inmensa  
de Dios al hombre que de hombre a muerte”.